

figurada como llegan siempre estas noticias en los primeros momentos. De contado el embajador pontificio Massiri fué arrestado y ocupados sus papeles. Los demócratas exaltados, los directores y ministros, entre los cuales los había declarados enemigos del gobierno romano, proclamaron el castigo severo de Roma, y así lo sancionó un decreto del Directorio. Dióse al general Berthier la misión de ejecutarle. Su ejército de Italia pedía á gritos marchar contra Roma, y los patriotas de la república Cisalpina no ansiaban sino el momento de derribar la autoridad y el gobierno pontificio. El 10 de febrero (1798) llegó el terrible Berthier con su ejército á la vista de la capital del mundo cristiano.

Berthier tenía antiguas relaciones de amistad con el ministro español Azara (1); y como este le hubiese escrito desde Tivoli donde se había retirado, recomendándole que hiciese respetar á sus tropas el barrio de Roma nombrado *la Plaza de España*, fué llamado por él al cuartel general para concertar algunas providencias relativas al objeto de su expedición. Azara acudió al llamamiento despues de algunas vacilaciones (2). Informó á Berthier de la verdad de los hechos: le aseguró que la muerte de Duphot y el insulto hecho al palacio de la embajada había sido una imprudencia de la tropa, en que ni el gobierno ni los habitantes de Roma habían tenido parte alguna; que las intenciones del papa eran enteramente pacíficas, y aceptaría las condiciones y la satisfacción que el Directorio le exigiese. En su virtud autorizó el general francés á Azara para que dijese al pontífice que la intención del Directorio era solamente castigar á los culpados en la muerte de Duphot, imponer una contribución moderada para gratificar al ejército á quien se debía cinco meses de pagas, y cumplido este, respetar la autoridad pontificia, la religión, las personas y las propiedades de los habitantes de Roma. Azara desempeñó su comisión; el papa no mostró repugnancia á ninguna de las condiciones, porque su situación no le permitía otra cosa; el ministro español volvió al cuartel general, y convenido todo, hizo su entrada el ejército francés en la ciudad, al parecer pacífica y amistosamente, pues hasta las guardias y patrullas se componían por mitad de soldados franceses y romanos.

Poco duró esta aparente armonía y moderación. Al día siguiente se exigió á nombre del Directorio un aumento en la contribución, una requisita de caballos para la remonta del ejército, el castigo de los asesinos de Duphot, que se erigiera una pirámide con una inscripción que recordara el suceso y la venganza, y que una embajada solemne fuera enviada á París á pedir públicamente perdón del atentado. Odiosas como eran estas condiciones, se puso al papa y al ministro Doria en la dura necesidad de aceptarlas y firmarlas, y al pueblo entero en la de recibirlas con aparente y forzada resignación. Mas no paró en esto. Era menester destruir el poder pontificio, y destruirle por medio de un simulacro de revolución que se sabía estar preparado, apareciendo así que lo hacía el mismo pueblo de Roma.

(1) Había estado también en Madrid como negociador en el asunto de las compensaciones al infante duque de Parma.

(2) Hé aquí cómo pinta el mismo Azara su situación, y los pasos que se vio obligado á dar:

«Este convite, dice, me puso en gran perplejidad, porque el aceptarlo ó rehusarlo me era igualmente embarazoso en mis circunstancias. Adelantarme á recibir un general que venía amenazando una ciudad, era lo mismo que hacerme cómplice en su exterminio, y el negarme á salir me comprometía con mi aliado, y me privaba de la proporción de poder disminuir los males con mi mediación. Veía destruido mi propósito de abstenerme de toda negociación, en lo que consistía mi quietud y felicidad, y me exponía á la censura de mis émulos, á las intrigas de Nápoles, y á los sucesos pasados. Todo bien considerado, me resolví salir al encuentro de Berthier, para interceder con él á favor de Roma como simple particular, y sin hacer poco ni mucho uso de mi carácter de ministro. Esta reserva me era tanto mas necesaria, cuanto que desde que sucedió la muerte de Duphot había la reina de Nápoles enviado á Roma á Belmonte con el carácter de embajador extraordinario... etc.»

Y prosigue contando minuciosamente la entrevista, conferencias y resultados, de que damos compendiosa noticia en el texto.

Esta relación ha sido publicada en 1847, con el título de *Memorias originales*, por su sobrino don Agustín de Azara, marqués de Nibbiano.

En efecto al día siguiente, aniversario de la coronación de Pio VI, unos cuantos conjurados, gente despreciable, pero conducidos por unos pocos ambiciosos de algun valer, se reunieron en el antiguo Foro romano, hoy Campo Vaccino. El ejército francés formó allí en batalla con gran aparato de artillería. Era la hora en que los cardenales y prelatos concurrían á la iglesia de San Pedro. Un hombre que llevaba al hombro un madero le plantó en tierra, llamándole *el árbol de la libertad*. El abogado Riganti de pié sobre una mesa, gritó: *Pueblo romano, ¡quieres sacudir el yugo que te oprime y recobrar tu antigua libertad y forma de gobierno!—Queremos ser libres, respondían los conjurados.—¡Queréis, prosiguió el orador, restablecer vuestros antiguos cónsules romanos!—Queremos, respondieron. Y se procedió inmediatamente al nombramiento de cinco cónsules y á la creación de dos Consejos á imitación de los de Francia. Una muchedumbre inmensa, esa muchedumbre dispuesta siempre á aplaudir toda novedad ruidosa, gritaba: ¡Libertad! ¡viva la república romana! ¡vivan los franceses! Este clamoreo llegó á oídos de los cardenales en ocasión que cantaban el *Te-Deum* por la exaltación del papa, y fué tal su consternación que cada uno se escapó y escondió donde pudo. Berthier fué llamado por el nuevo gobierno romano, que le esperaba en la plaza del Capitolio, y le recibió con aclamaciones, y le puso en la cabeza una corona de encina. Otro general pasó al Vaticano á notificar al papa que el pueblo, en uso de su derecho, le había despojado de la soberanía y constituido en república. En pos de él entró el famoso Haller, administrador general de las contribuciones de Italia, con su séquito de comisarios, secuestrando cuantos muebles, alhajas y enseres había en las habitaciones del palacio pontificio (3). El ministro de España envió inmediatamente su secretario á ofrecer al pontífice cuanto pudiera necesitar, mientras los generales y oficiales franceses se alojaban en las principales casas de Roma, y se regalaban en ellas, y tomaban los carruajes de los nobles y de los cardenales, y paseaban en ellos las calles y paseos públicos insultando á sus dueños.*

Ordenó además Haller la confiscación de toda la plata de las iglesias, que se ejecutó, como dice el autor de la relación que seguimos, martillo y saco en mano, sin dejar en cada templo mas que el peor cáliz para decir la misa. Impuso una contribución de varios millones, pagadera en el término de veinticuatro horas. Mandó fabricar cédulas de banco hasta la suma de doce millones de escudos, que hizo tuviesen curso como moneda corriente. Dióse orden para destruir todos los escudos de armas, inscripciones ó insignias de las casas, costando trabajo al embajador español detener la piqueta ya preparada para deshacer el magnífico escudo de mármol que decoraba la puerta de su palacio. Se pusieron en venta los bienes de la cámara pontificia, y los de los cabildos y comunidades religiosas, á las cuales se arrojaba de sus casas. Se prendía á los eclesiásticos mas condecorados y respetables, no sin indicarles que aprontando alguna suma de dinero podrían conseguir su libertad. En cuanto á los caballos y coches de particulares, así los franceses como los nuevos republicanos de Roma se los apropiaban con el menor pretexto y con el mayor descaro.

Pero entraba ya en las miras del gobierno francés sacar de Roma al papa y á los que formaban su corte, como entraba en las del nuevo gobierno romano alejarle de Italia, temiendo con su presencia por la seguridad de la revolución. En su virtud se acercaron los cónsules al embajador español, é hicieronle la propuesta de enviar á España al pontífice. Azara contestó que carecía de instrucciones de su gobierno para poder responder á proposición tan inesperada. Con esto se trató de enviarle á Portugal, y por último se resolvió trasladarle á Toscana. Así se verificó, sacando en una noche oscura al en-

(3) Hasta el breviario y la caja del tabaco, que no valía un zequin, dice Azara, le fueron quitados al papa; y un canastillo de bizcochos que había sobre la mesa tuvo la misma suerte; «de modo, añade, que Su Santidad en un instante quedó despojado de cuanto poseía, á excepción del solo vestido que tenía á cuestas, pero sin arbitrio para mudarse de camisa.»

fermo y anciano Pio VI de su palacio, haciéndole entrar en un coche con su camarero y su médico, y trasportándole con escolta de dragones franceses hasta Siena, donde se alojó por opción suya en el convento de Agustinos calzados. Gran disgusto produjo esta medida en la población romana. Una noche se insurreccionaron los transteverinos, dándose á degollar los franceses que andaban por aquellos barrios, que por fortuna suya no eran muchos. Pero la tropa francesa que estaba sobre las armas y se apoderó de los puentes, y la guardia nacional que acababa de formarse, apagaron, aunque á costa de bastante sangre, la sublevación, lo cual tal vez no habrían logrado, si hubieran llegado á tiempo los habitantes de la campiña y de las vecinas ciudades que en número de doce mil hombres acudían ya á unirse con los conjurados, y los cuales fueron al día siguiente dispersados por los escuadrones de Murat (1).

Los excesos, los saqueos y las rapiñas de los franceses en Roma continuaron en mayor escala y con mayor escándalo que antes, por la circunstancia de haber tomado Berthier el mando del ejército de Italia, cuyo centro estaba en Milan, y haber quedado al frente del de Roma el general Massena. Este guerrero, que había salvado á la Francia en Zurich, fué el que dió en Roma el funesto ejemplo de empezar á saquear los palacios, los conventos y las ricas colecciones; ejemplo que siguieron los jefes de mayor graduación, vendiendo á bajo precio á los judíos que iban detrás los magníficos objetos que les entregaban los saqueadores. «La malversación, dice un ilustre historiador francés, fué escandalosa. Es preciso decirlo: no eran los oficiales subalternos ni los soldados los que se entregaban á semejantes desórdenes, sino los jefes superiores (2).» Este escándalo produjo uno de los acontecimientos mas notables y mas nuevos en la historia. Los oficiales subalternos y los soldados se amotinaron contra sus jefes, llamándolos *monstruos graduados, administradores corrompidos, pícaros ladrones*, y otros epítetos semejantes, diciendo que sería deshonrar el nombre francés el tolerar tanta infamia, y negándose á servir bajo las órdenes de Massena (3). Todos los jefes, de coronel arriba, se vieron obligados á salir de Roma, á excepción del general Dalessandri, hombre moderado y probo, á quien los sublevados dieron provisionalmente el mando superior. Al día siguiente se publicó un edicto invitando á los habitantes de Roma á que fuesen á declarar en lo que cada cual había sido estafado, fuese dinero, alhajas, caballos, ú otras prendas ó efectos. Enviaron además una diputación al Directorio, con una memoria en que se explicaba todo lo que había pasado, pidiendo con instancia el castigo de los culpables. El Directorio destituyó á Massena, y envió á Roma una comisión de cuatro personajes íntegros é ilustrados, con el encargo de organizar la nueva república (4).

(1) Si toda la población no se levantó, al menos no es exacto lo que dice un historiador francés, que el pueblo de Roma no parecía echar de menos á aquel soberano que había sin embargo reinado mas de veinte años. Estaba demasiado oprimida la población para que pudiera ayudar á los de los barrios de Transtevere y Monti.

(2) Thiers, *Revolución francesa*, tom. V, cap. 12.—Es extraño que este historiador haya dedicado tan pocas páginas á la relación de los importantísimos sucesos de la revolución de Roma; aunque por otra parte no deja de comprenderse la causa.

(3) Azara, que presencié esta sublevación, y pasó mil apuros por haberse encontrado casualmente y sin pensarlo en medio de ella, refiere varias y curiosas anécdotas de este singular episodio. Tal es, entre otras, la siguiente: El que iba á la cabeza de la diputación que los sublevados enviaron á Massena, le dijo con mucha serenidad: *General, habeis perdido la confianza del ejército, y así es preciso que os vayáis de Roma*. Massena encolerizado preguntó al orador si le conocía.—*Si, general*, le respondió, *te conocemos por el mayor pícaro del mundo*. Viendo Massena que la cosa iba demasiado seria, se subió sobre una silla, y comenzó á perorar á los soldados; mas como estos se mostrasen duros é inflexibles, pidió una espada para suicidarse. *Dádsela*, dijo el orador, *que no lo hará, yo le conozco*. Los soldados se retiraron, y Massena quedó solo pensando el partido que habría de tomar.

(4) Léase en las Memorias de Azara otros muchos pormenores de aquella insurrección honrosa de los soldados franceses, así como los muchos peligros en que se vió, por haber tenido que hacer forzosamente el papel de mediador entre los insurrectos y los generales perseguidos, presos ó amenazados.

El embajador español, deseoso ya de verse libre de aquella situación embarazosísima para él, y tomadas sus disposiciones para el despacho de los negocios mas urgentes que tenía á su cargo, dada también orden para que salieran de la ciudad todos los españoles residentes en ella, determinó abandonar aquella perturbada mansión en que había residido mas de treinta años, dejando allí su inmenso mobiliario, su copiosa librería, y sus ricas colecciones de preciosos cuadros y de bustos de mármol (5). Partió, pues, Azara de Roma, y llegó, no sin nuevos riesgos, á Siena, donde consoló cuanto pudo al atribulado Pio VI, le informó de cuanto había pasado despues de su salida del Vaticano, y conferenció y arregló con el anciano y enfermo pontífice la manera cómo en la dispersión y en la situación especial en que se hallaban, así Su Santidad como el colegio de cardenales, convendría proveer á la sucesión legítima de la Silla apostólica, cuando llegara el caso de pasar á mejor vida el que la estaba ocupando, aunque fuera de su natural asiento. De este modo, y por medio de una bula, que Azara recogió original y logró que fueran firmando casi todos los cardenales, se evitó á la muerte de Pio VI un cisma que hubiera sido fatal al catolicismo. Azara fué luego nombrado embajador del Rey Católico en Paris (marzo, 1798), cuyo nombramiento recibió en Florencia, cuando se disponía á regresar á España y había anunciado al gobierno el itinerario que se proponía traer.

No es exacto lo que á propósito del destronamiento y del infortunio del papa dice un historiador francés, á saber: que España, cuya religiosidad era temible, nada dijo sin embargo, acaso porque se hallaba bajo la influencia francesa (6). España no abandonó en esta ocasión á Pio VI, como nunca había abandonado á los pontífices en sus conflictos y tribulaciones. Carlos IV, que supo con dolor los atropellamientos y las amarguras del jefe supremo de la Iglesia, intentó mover al Directorio, traerle á sentimientos de moderación, y obtener de él la libertad y la seguridad de la persona del papa. Lo que hubo fué que el embajador español cerca de la república, conociendo bien la disposición de los ánimos de los directores, no se atrevió á presentar, y lo creyó de todo punto inútil, los despachos en que aquello se reclamaba (7). El embajador Azara, su sobrino don Eusebio Bardají, el cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, el diplomático don Pedro Labrador, todos estos distinguidos españoles prestaron cuantos auxilios pudieron, y acompañaron algunos de ellos al desgraciado pontífice hasta recoger su último suspiro, y le suministraron de orden del rey lo necesario para su persona y familia, privado de todo socorro por la Francia, aun para los viajes que le obligó á hacer.

Verdad es que cuando el gobierno de la república, temiendo todavía la presencia del provento pontífice en territorio de Italia ó del Imperio, propuso á Carlos IV que le diese acogida y residencia en sus dominios, el monarca español repugnó y puso dificultades á esta proposición; mas no por falta de veneración, de afecto y de interés hacia el desventurado papa, sino por los visibles inconvenientes y compromisos que en aquellas circunstancias traería á su reino un hospedaje que en otra ocasión él mismo habría ofrecido y aun solicitado. Y sin embargo, todavía por evitar algun nuevo desacato ó ultraje que parecía amenazar al augusto desterrado, consentía en que fuese traído á Mallorca, acompañándole solamente el cardenal de Lorenzana y las personas de su servidumbre, encargándose él de los gastos que ocasionara su residencia, bien que pidiendo al Directorio, en compensación de esta condes-

(5) La magnífica colección de bustos en mármol, dice el anotador de las Memorias de Azara, la legó á su muerte al rey de España, y es hoy una de las principales riquezas que posee S. M. en su Real Museo de pinturas y esculturas en el palacio del Prado de Madrid que lleva aquel nombre. De la colección de pinturas se perdieron muchas en las turbulencias políticas de Roma que ocurrieron despues de la salida de Azara, pero aun se conservan porción de preciosos cuadros originales, que posee hoy su heredero el actual marqués de Nibbiano. La librería constaba de veinte mil volúmenes.

(6) Thiers, *Revolución*, tomo V, cap. 12.

(7) Carta del embajador marqués del Campo al príncipe de la Paz, en 31 de marzo, 1798.

ciencia y sacrificio, que ratificara el tratado con Portugal y que indemnizara al infante español duque de Parma, cuya suerte era el objeto de la mas viva solicitud de Carlos IV y de María Luisa. La muerte del desventurado y perseguido pontífice puso fin, como veremos despues, á estas negociaciones y evitó los compromisos que de ellas hubieran podido seguirse á España (1).

Por este tiempo habia ocurrido en el gobierno español una novedad grande por lo inesperada y por la calidad de la persona en quien se habia verificado, á saber: la separacion del príncipe de la Paz de la primera secretaria de Estado, y por consecuencia, de la direccion de los negocios públicos (28 de marzo, 1798). Aunque en el real decreto expresaba el soberano que no hacia sino acceder á las reiteradas instancias del ministro, y la admision de su renuncia se hacia en los términos mas lisonjeros para él, y tales como rara ó ninguna vez en semejantes documentos se emplean (2), y por lo mismo que se sospechaba que el favorito no habia caído de la gracia del rey, entonces y despues se discurrió mucho sobre las causas de su salida. Pero los mismos que las buscaban, y tal vez habrian querido encontrarlas en alguna alteracion que hubieran sufrido sus relaciones particulares con la reina, vienen á reconocer que lejos de influir en este suceso, ninguna nueva amistad, ninguna rivalidad disminuyó el ascendiente y poderío de don Manuel Godoy (3). Al contrario, estos mismos dan á entender que la reina no solo sostenia al ministro favorito contra toda tentativa de sus enemigos ó de sus rivales, sino que la ligaban á proceder así compromisos á que no hubiera podido faltar sin grave y evidente peligro de su honra y aun de su persona (4).

No hay, pues, necesidad de recurrir á causas de esta índole, toda vez que habia motivos políticos suficientes, y aun sobra-

(1) Los franceses, en su deseo de sacarle cuanto antes de Italia, donde tanto temian su presencia, resolvieron llevarle á Francia, trasladándole primero á Briançon, despues á Grenoble, y por último dieron orden para que fuese llevado á Dijon. Ya habia partido de Grenoble, mas habiéndose detenido en Valence del Delfinado, donde le alcanzó la orden conseguida por Azara de suspender el viaje, la edad, los disgustos, los molestias y malos tratos hicieron sucumbir en aquella ciudad al atribulado Pio VI.—Memorias de Azara.—Correspondencia diplomática de Francia y de Italia: Archivo del ministerio de Estado.—Artaud, Vidas de los soberanos pontífices.

(2) «Atendiendo (decia) á las reiteradas súplicas que me habeis hecho, así de palabra como por escrito, para que os eximiese de los empleos de secretario de Estado y de sargento mayor de mis Reales Guardias de Corps, he venido en acceder á vuestras reiteradas instancias eximiéndolos de dichos dos empleos, nombrando interinamente á don Francisco de Saavedra para el primero, y para el segundo al marqués de Ruchena, á los que podreis entregar lo que á cada uno corresponda, quedando vos con todos los honores, sueldos, emolumentos y entradas que en el día tenéis, asegurándoos que estoy sumamente satisfecho del celo, amor y acierto con que habeis desempeñado todo lo que ha corrido bajo vuestro mando, y que os estaré sumamente agradecido mientras viva, y que en todas ocasiones os daré pruebas nada equivocadas de mi gratitud á vuestros singulares servicios. Aranjuez y marzo 28 de 1798.—Carlos.—Al príncipe de la Paz.»

(3) Nos referimos aquí á los juicios que en la corte se hacian sobre la particular estimacion que la reina María Luisa parecia tener en aquel tiempo hácia otro guardia de Corps llamado Mallo, que entre otras distinciones obtuvo la de ser nombrado mayordomo de semana, y que con motivo de ostentar cierto lujo y boato en su porte dió ocasion á las murmuraciones de los cortesanos, y aun á dichos agudos del mismo príncipe de la Paz en conversaciones confidenciales con el rey. Don Andrés Muriel, que en su historia manuscrita de este reinado no pierde ocasion de dar cabida en ella á todas las noticias y anécdotas de esta especie, sin velo ni disfraz, siquiera fuese transparente, cuenta tambien lo que se juzgaba y decia de aquel trato. Nosotros, que nos hemos propuesto no hacer históricos los actos de la vida privada de los reyes sino cuando á ello nos obliga la influencia que ejercieran en la marcha de la cosa pública, procuramos cuanto podemos indicarlos solo ligeramente, en cuanto baste para significar que no nos son desconocidos, pero que no hacen al objeto y á la índole de nuestra historia.

(4) Explican este compromiso por una carta imprudente que dicen haberle escrito en momentos en que el apasionamiento no da lugar á la reflexion ni á la prevision, y que el favorecido guardaba como una arma de segura defensa para cualquier evento, bien de inconsecuencia, bien de enojo, y era como su ánora de salvacion en las borrascas. Pero el mismo escritor que revela el indiscreto contenido de esta carta, concluye por dudar de la certeza del fatal documento.

dos, para explicar la retirada del príncipe de la Paz. El Directorio francés, que no olvidaba haber sido este ministro el autor de la declaracion de guerra contra la Convencion, y comprendia que solo por necesidad y no por afecto á la república, habia hecho alianza con la Francia, meditaba ya cómo alejarle de los negocios públicos, á la manera que lo habia hecho con el ministro del emperador, baron de Thugut. Tampoco ignoraba el Directorio que entre los príncipes franceses emigrados y su pariente Carlos IV mediaba y se sostenia una correspondencia activa y afectuosa, como hasta la muerte de Luis XVI habia mediado entre los dos monarcas, y entre las dos reinas María Antonia y María Luisa (5). Y harto conocia tambien que, fiel Carlos IV de corazon á los desgraciados príncipes de su familia, á quienes solo por la necesidad de conservar su propio trono habia en apariencia abandonado, los protegeria de buena gana el día que pudiera hacerlo con esperanza de buen éxito y sin riesgo de su corona. No podia, pues, considerar la alianza del gabinete de Madrid como cordial y sincera.

El príncipe de la Paz por su parte tampoco estaba satisfecho de la conducta del gobierno francés, principalmente por lo que tocaba á la solucion de los asuntos de Parma, Roma y Portugal, en que el rey tenia grandísimo empeño. «Portugal, Parma y Roma, le decia al embajador marqués del Campo, han sido tres puntos de vista que no ha separado de su consideracion el rey nuestro señor. La paz con Portugal, que pagada debia creerse efectiva, parece se hace mas distante. La satisfaccion que debia prometerse S. M. para su hermano despues de la agregacion cisalpina, no tiene efecto. De la existencia de Roma se trata con dificultades.... ¿En qué piensa, pues, el Directorio? ¿No ha de contar con su aliada para la distribucion de los Estados de Italia, ni sus oficios han de tener valor alguno para que la paz con Portugal se ratifique? Es tiempo pues de no dejar dormidas las ideas....» Y concluia: «Estas cosas que se responden prontamente cuando hay confianza, no deben empachar al Directorio para satisfacerlas, y antes bien conviene no ignorarlas, para formar desde luego los planes que interesan á cada soberano (6).»

Mal efecto produjo en el Directorio el contenido, y el tono independiente, con sus reticencias semi-hostiles, de este despacho. El agente francés en Madrid se explicó á su vez con bastante acrimonia, y so pretexto del mal tratamiento que suponía se daba á los franceses en España, preguntaba al ministro de Estado si Francia y España estaban todavía en guerra, y añadia: «Príncipe, es preciso que cese tal escándalo.» La proteccion que el rey de España dispensaba al de Portugal, y el empeño de su primer ministro en evitar que Francia hiciera la guerra á aquel reino, era uno de los mayores motivos de disgusto que con el príncipe de la Paz tenia el gobierno de la república.

Para prevenir ó neutralizar las consecuencias de este desvío determinó Godoy reemplazar al marqués del Campo en la embajada de Paris con el conde de Cabarrús, hombre muy desperto, de reconocida capacidad y larga experiencia, y muy de su confianza. Esperaba que su cualidad de francés, aunque naturalizado muchos años hacia en España, le favoreceria para ser bien recibido del Directorio; y fiaba además en la influencia de la hija del conde, madama Tallien, la bella Teresa Cabarrús, tan célebre en la revolucion francesa, y que á la sazón se hallaba en relaciones íntimas con el director Barrás (7).

(5) En el archivo del ministerio de Estado existe y hemos visto original gran parte de esta correspondencia, de una y otra época, frecuente y casi nunca interrumpida.

(6) Carta del príncipe de la Paz al marqués del Campo, de Aranjuez á 15 de enero de 1798.

(7) Esta dama, nacida en España, que tanta celebridad adquirió durante la revolucion francesa, así por su hermosura como por algunos actos notables de su vida y por los personajes con quienes estuvo unida, casó sucesivamente con M. Tentenay, consejero del parlamento de Burdeos, con el famoso thermidoriano Tallien, y con el príncipe de Chimay, por haberse divorciado de los dos primeros. En los días del terror estuvo presa en la Force y en vísperas de ser llevada al patíbulo, en cuyo estado escribió y tuvo ardid para hacer llegar una enérgica carta á Tallien, excitándole á deshacerse de Robespierre, lo cual parece contribuyó en

Mas sucedió todo lo contrario. La circunstancia de ser nacido Cabarrús en Francia, no obstante la naturalizacion española que habia obtenido, y haber sido antes aceptado sin inconveniente como plenipotenciario de España para las conferencias de Berna y de Lille, sirvió de fundamento al Directorio para negarse á admitirle como embajador, diciendo que en ningun caso podia un francés representar á un soberano extranjero cerca del gobierno de su propio país. Todas las razones y todos los esfuerzos del príncipe de la Paz y de Cabarrús fueron infructuosos é ineficaces para convencer al Directorio, lo cual obligó al ministro español á nombrar embajador cerca de la república francesa á don José Nicolás de Azara, que acababa de desempeñar el importante papel que hemos visto en Roma. A su vez el Directorio envió de embajador á la corte de España al ciudadano Truguet, ministro que habia sido de Marina, con instrucciones de trabajar por la separacion de Godoy de los negocios de Estado (1).

Cabarrús, conocedor de la situacion política de la Francia en aquel tiempo, y del mal espíritu que animaba á algunos de los directores respecto al gobierno español, habia informado de todo al príncipe de la Paz, aconsejándole la conducta que creia mas conveniente para no provocar en aquel gobierno una resolucion que pudiera ser funesta á España, y exponiéndole principalmente la inconveniencia del empeño en evitar la guerra contra Portugal; pues sobre haber hecho ya en favor de la mediacion cuantos oficios la lealtad y la amistad mas acendrada á aquel rey pudiera exigir, y sobre los peligros á que la continuacion de tal política nos estaba exponiendo, la guerra podria ser útil á España, puesto que el pensamiento del gobierno francés era proponer al español la cesion de la Luisiana, y obligar á Portugal á indemnizar á España con las islas de Madera y Santa Catalina, y acaso podria arribarse á la recuperacion de Gibraltar como precio de la paz general (2). Consejos parecidos le daba respecto á aceptar la compensacion que el gobierno francés meditaba dar al duque de Parma. Y en carta posterior (23 de enero, 1798) le habia manifestado la persuasion perniciosa en que los directores estaban de que habia en Madrid un partido inglés, que decia mantener inteligencias con la corte de Londres, compuesto de personas de mucho influjo, y á cuya cabeza se suponía estaba el mismo príncipe de la Paz: voces que sin duda se esparcieron allá por el deseo de apartarle de la direccion de los negocios (3).

parte á la caída y suplicio de aquel gran terrorista, á que debió ella su salvacion. Tuvo tambien amistad con madama Beauharnais, despues emperatriz de los franceses. Hecha la restauracion de los Borbones, vivió retirada en Paris.

(1) Archivo del ministerio de Estado, leg. 49, números 1, 6 y 8.
(2) «Parece, decia Cabarrús, que la prudencia aconseja que moderando los pasos de mediacion ya interesados, no nos comprometamos á no tomar parte en la guerra, si esta fuese inevitable; pues si Portugal hubiese de ser conquistado no es dudable que seria muy conveniente que esta conquista se hiciera para nosotros, y por nosotros, y este sistema de manifestarnos prontos á seguir contra Portugal las miras de Francia, tiene á mis ojos la inapreciable ventaja de coonestar el aumento muy considerable que sin perder un instante conviene hacer en el ejército, mejorando al mismo tiempo la organizacion en términos de hacernos respetables. No porque yo crea que el designio verdadero de estas gentes es hacer á Portugal una guerra que les seria demasiado gravosa sin nuestra cooperacion, sino que quieren precisarnos á apoyar sus amenazas para conseguir mejores condiciones y á pagar nuestra mediacion; y segun he podido inferir, Truguet ya encargado de proponer á V. E. la cesion de la Luisiana, de la cual deberia la corte de Lisboa indemnizar á la España cediéndole la isla de Madera y de Santa Catalina, ú otro equivalente, que importa poco á este gobierno, pues su objeto principal es conseguir la Luisiana ahora, y sacar este partido de las desavenencias de Portugal: y como esta cesion de la Luisiana, cuando S. M. se determine á ella, debe ser el precio de la paz general y si puede ser de Gibraltar, la sagacidad de V. E. comprenderá que el juego actual es, parece, no tan solo moderar el interés á favor de la paz de Portugal, sino entrar en las intenciones amenazadoras de la Francia contra aquella potencia, pues cuanto mas se acalore la mediacion, mas se empeñará este gobierno en que le costeemos con el sacrificio que exige.»—Cabarrús al príncipe de la Paz, Paris, enero de 1798.

(3) La desconfianza entre ambos gabinetes, y sobre todo la prevencion del Directorio contra el príncipe de la Paz, se manifestó tambien con otro hecho muy significativo. El director del gabinete de Historia

A fin de desvanecer tales sospechas y rumores y con noticia que tuvo el príncipe de la Paz de una parte de las instrucciones que se habian dado al nuevo embajador, se apresuró á satisfacer los deseos del Directorio, anticipándose á ordenar que la escuadra española de Cádiz al mando del general Mazarredo, de cuya inaccion murmuraban los franceses, saliese inmediatamente á buscar y batir la flota inglesa compuesta de solo ocho navios, que cruzaban delante de la bahía, formando una especie de bloqueo. Constaba la nuestra de veintium navios de linea, entre ellos cinco de tres puentes, y los acompañaba la fragata francesa *La Vestal*, para observar sus movimientos y dar cuenta de las operaciones. Pero sucedió lo que Mazarredo habia previsto. Apenas salió y se dividió la escuadra española (7 de febrero, 1798), alejóse la inglesa metiéndose en alta mar; y como el almirante inglés, lord San Vicente, se hallase en Lisboa con mayores fuerzas, muy preparado para cualquier evento, en menos de doce horas se dió á la vela con todos los buques de que podia disponer, y Mazarredo volvió á entrar en la bahía antes que las escuadras británicas pudiesen reunirse para atacarle. Este movimiento, aconsejado sin duda por la prudencia, fué interpretado y denunciado por el capitán de *La Vestal* como una demostracion aparente, sin verdadera intencion de hostilizar las fuerzas enemigas, ni menos de hacer francamente y con vigor la guerra á los ingleses (4).

Cuando el nuevo embajador de la república, Truguet, se presentó á Carlos IV en Aranjuez (11 de febrero de 1798), en el discurso que pronunció al entregar sus credenciales empleó cierto lenguaje mas arrogante que comedido, que no agradó al rey ni á la corte (5), y no disgustó menos la manera de retirarse, poco conforme á la acostumbrada etiqueta (6). Una de las exigencias que indicaba ya en su discurso, y que esforzó despues, fué la de que se hiciera salir de España á los emigrados franceses. El príncipe de la Paz, que conocia no haber satisfecho al Directorio con la salida y la retirada de la escuadra de Cádiz, comprendia la necesidad de complacer al embajador en todo lo que pidiese para ver de alejar prevenciones que contra él traía, consintió en la expulsion de aquellos desgraciados (7). Mas como se les diese un plazo en que pudieran inscribirse en los registros de matrícula de los consulados, y con este motivo fuesen muchos los que se habilitaron para permanecer en España, la medida no satisfizo al embajador, que pretendia la extradicion de todos los que él señalara.

Redobló pues Truguet sus esfuerzos por la separacion del príncipe de la Paz, y aun entregó al rey en propia mano una carta de su gobierno en que mas ó menos directamente se significaba este deseo. No ignoraban estos manejos los enemigos de Godoy, los cuales, como era natural, aprovechaban la buena ocasion que se les presentaba de ayudar por su parte á la caída del privado. Pudo contribuir tambien, como él mismo lo indicó despues en sus Memorias, algun desacuerdo en que por aquellos días se puso con sus propios compañeros, y con el monarca mismo, sobre ciertas medidas económicas y militares. Tampoco extrañaríamos que, prevenido ya el ánimo del rey por los adversarios del príncipe, le desagradaran y pare-

natural de Madrid, don Eugenio Izquierdo, habia pasado á Paris con la mision ostensible de visitar y estudiar los establecimientos científicos. Pero el gobierno francés, receloso ya sin duda de la amistad de Izquierdo con el primer ministro de España y sospechando que su viaje tuviera otro objeto, le interceptó la correspondencia, y parece haber descubierto en algunas cartas que la ciencia y las relaciones de Izquierdo con los sabios franceses habian sido buscadas y empleadas como un buen medio para explorar la política y el espíritu del gobierno de la república, por lo cual fué reducido á prision, y este hecho produjo despues reclamaciones de parte de nuestra corte.—Muriel, lib. IV, Correspondencia de Azara.

(4) Algunos años mas adelante, con motivo de un suceso grave para él, tuvo ocasion Mazarredo de demostrar la injusticia de aquella inculpacion, explicando todas las razones de su conducta, confirmadas por los marinos, y por otros testigos de vista. Hay una representacion suya, en que consta todo esto, la cual se imprimió en 1810.

(5) Se halla en la Gaceta de 16 de febrero, 1798.

(6) Parece que se retiró volviendo la espalda al rey, y no dando pasos hácia atrás como era costumbre, lo cual disculpó él, diciendo que eran modales republicanos.

(7) Real decreto de 23 de marzo, 1798.